



En-claves del Pensamiento

ISSN: 1870-879X

dora.garcia@itesm.mx

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores  
de Monterrey Campus Ciudad de México  
México

Chávez Jiménez, Daniar

La inserción del ecopesimismo en la literatura contemporánea. La costa de los mosquitos

En-claves del Pensamiento, vol. VIII, núm. 15, enero-junio, 2014, pp. 63-84

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey Campus Ciudad de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=141131696003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## LA INSERCIÓN DEL ECOPESIMISMO EN LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA *La costa de los mosquitos*

DANIAR CHÁVEZ JIMÉNEZ\*

### Resumen

En el siglo XIX la idea de decadencia separó indefectiblemente las nociones de cultura y civilización; a partir de ahí, la cultura comenzó a simbolizar la *formación* del hombre; la civilización, el dominio, uso y avance de ciertas prácticas promovidas por el adelanto tecnológico. Para el autor norteamericano Paul Theroux, no obstante, esta beligerancia constituirá una imagen transitoria donde entran en juego el destino, el caos y la voluntad autodestructiva del hombre. En este cruce de ideas/realidades, la cosmogonía occidental ha marcado, por lo menos desde la Conquista, las rutas de injerencia en la cosmogonía de los países no occidentales. Dicha confrontación, en tanto choque de ideas, es uno de los itinerarios capitales de la obra que aquí se estudia. Sirva de base esta discusión para establecer un diálogo entre la obra de Theroux y el contexto filosófico, ecológico, histórico y social en las relaciones Norte-Sur.

*Palabras clave:* civilización, cultura, pesimismo, decadencia y ecología.

### Abstract

In the XIX century the idea of decadence divided the notions of culture and civilization and from that point on, culture began to symbolize the *development* of

\* Docente de la Universidad Autónoma del Estado de México, México, [daniarc@yahoo.com](mailto:daniarc@yahoo.com)

man: the civilization, control, use and development of certain practices brought about by technological advances. For the American author Paul Theroux, however, this belligerence represents a transitory situation where destiny, chaos and the self-destructive will of man come into play. As these ideas/facts converge, western cosmogony has dictated the interference in the cosmogony of non-western countries, at least since the Spanish Conquest. This confrontation, considering it a conflict of ideas, is one of the main topics of the literary work analyzed here. This discussion is the basis in establishing a dialogue between the work of Theroux and philosophical, ecological, historical and social context in North-South relations.

*Keywords:* civilization, culture, pessimism, decadence and ecology.

Seguían los truenos, a veces como cañones, a veces, lentos y terribles, como paredes de ladrillo desplomándose en una bodega. Como una civilización entera cayendo de rodillas y derrumbándose por su propio peso...

PAUL THEROUX,  
*La costa de los mosquitos*

Roland Barthes afirma en *El grado cero de la escritura* que sólo bajo el influjo de la historia y la tradición pueden establecerse las motivaciones narrativas de un autor. El lenguaje literario, por tanto, carece siempre de inocencia; henchido de los recuerdos de sus usos anteriores, a través de la palabra, la escritura reproduce la memoria de las significaciones pasadas que, proyectadas hacia el porvenir, enunciarán siempre un compromiso de emancipación.<sup>1</sup>

No sorprende, por tanto, que Barthes considerara que sólo en el poder o en el combate se producían los tipos más puros de escritura, como sucede en *La costa de los mosquitos* (1981), de Paul Theroux, cuya temática antioccidental, ampliamente reconocible en su afán de confrontación y sedición, despierta de manera inmediata la curiosidad en el lector contemporáneo.

Y es que si bien el papel de Occidente como centro de la historia universal en las últimas décadas ha sido seriamente cuestionado por las ciencias sociales y las humanidades, el derrotero que quedó marcado por esa larga tradición, que

<sup>1</sup> Roland Barthes, *El grado cero de la escritura*, traducción de Nicolás Rosa, Siglo XXI Editores, México, 2009, pp. 24 y ss.

se fue gestando durante el denominado “descubrimiento de América” se fortaleció en la Ilustración, se reafirmó durante el colonialismo de finales del siglo XIX y durante el siglo XX terminó por arraigarse, definió una particular fisonomía de la historia mundial que, una vez dio inicio el siglo XXI, sigue siendo tema no sólo de arduas discusiones sino, también, de vastas interrogantes.

Pero como sucede con toda tradición, el papel de la influencia de Occidente en la historia mundial cuenta con serios partidarios y adversarios que desde hace casi 200 años discuten sobre los peligros o las bondades que la influencia de la Europa colonial heredó al resto de las naciones a través de la imposición y la fuerza (naturalmente, ocultas bajo la manto del progreso y la civilización), derivaciones que aún ahora plantean serias dudas que, allende la revaloración de nuestro pasado inmediato (es decir, si es o no Occidente el centro y fin de la historia), proyectan dichas inquietudes hacia el cada vez más beligerante rumbo que la humanidad está forjando en la construcción de su futuro.

El objetivo de este trabajo, por tanto, consiste en reconocer y explicar las relaciones que la obra de Paul Theroux estableció con el legado occidental, que se expresó a través de la vigorosa imagen del progreso y cuyas representaciones (como la economía de libre mercado, la democracia, el derecho y los pilares de la ciencia) forjaron una pendiente, muchas veces cuestionable, de bienestar y prosperidad que con el tiempo terminaría por originar su antítesis: la idea del *pesimismo global*, ahora reconocible en algunas de sus más graves significaciones, como lo son la radiación ultravioleta, el desgaste de la capa de ozono, el derretimiento de los polos, la contaminación a gran escala o la extinción de las especies llevada a cabo por la actividad humana, y cuyas secuelas se han potenciado gracias al temor que la evolución de la tecnología propicia en el imaginario colectivo de nuestras sociedades.

Como tributarias de la cultura occidental, tanto la idea del progreso como el de la decadencia han originado un extenso diálogo que se ha expresado esencialmente a través de materias como la política, la economía, la filosofía, la antropología, la sociología o las ciencias, pero que también ha extendido sus diatribas y argumentaciones a las disertaciones literarias. Por ello, con el análisis de la presente obra estableceré algunas coordenadas que permitan ubicar las ideas que sobre el pesimismo se expresan a través del texto en cuestión y mostrar así cómo éstas fueron producto de los intensos debates que hoy imperan en las discusiones que ocupan a las ciencias sociales y a las humanidades en relación con el papel que juega Occidente dentro de la historia mundial.

Se selecciona aquí la obra de Paul Theroux para su estudio, no obstante, no sólo por la temática sobre la decadencia a la que alude o, incluso, por las divergencias Latinoamérica/Occidente en las que se introduce, sino también por el motivo del viaje que la encausa. Y es que el viaje ha sido uno de los mejores

medios que el hombre ha encontrado para manifestar el conocimiento de su propia existencia, estimular su imaginación o exteriorizar sus deseos. Además, el viaje como exploración y búsqueda creó al hombre universal, cuyos peregrinajes lo llevaron a descubrir realidades que, como diría Vicente Quirarte, a veces resultaron ser “más poderosas que la imaginación”.<sup>2</sup>

Autor cosmopolita, viajero incansable, curiosamente en *La costa de los mosquitos* trascenderá la sola idea del viaje, que rige la mayoría de sus novelas, para introducir a sus lectores en otras dimensiones epistemológicas que gobernarán la esencia más profunda de su texto. No obstante, fiel a sus preceptos, Theroux situará a sus personajes en medio de un oscuro éxodo que los llevará desde Baltimore hacia la costa hondureña, en la selva de La Mosquita.

Oscuro éxodo, y no precisamente un viaje,<sup>3</sup> será la migración emprendida por la familia Fox para huir de lo que el progenitor considera los restos de una civilización desquiciada, corrupta en sus usos y costumbres, consumista, productora de comida chatarra, derrochadora y carente de vitalidad. El anhelo de emancipación, el deseo de libertad de las formas de vida occidental, muy pronto lo llevarán a instalar su hogar cada vez más alejado de cualquier conato de civilización.

Enigmático, intransigente, enérgico, el inventor autodidacta Allie Fox proyectará y edificará en las tierras de Jerónimo un complejo sistema de infraestructura y una organización social que intentarán reproducir las antiguas técnicas de cultivo y coexistencia que dieron sustento a los pueblos de la América prehispánica.

No obstante, acostumbrado a las comodidades que su ingenio le proporcionaba y a los servicios sanitarios que el llamado primer mundo proveían a cualquier hogar de clase media norteamericano, el personaje intentará modificar su entorno para ajustarlo a sus antiguos lujos y comodidades. Convencido de su armonía con la naturaleza iniciará la construcción de las subestructuras que darán refugio a su familia y a los habitantes de Jerónimo, mientras esbozará los

<sup>2</sup> Vicente Quirarte [edit.], *Jerusalén a la vista. Tres viajeros mexicanos en Tierra Santa. José María Guzmán, José López Portillo y Rojas y Luis Malanco*, Ojos de Papel Volando, Instituto Mexiquense de Cultura, 2003, p. VIII.

<sup>3</sup> Michel Maffesoli considera que la reclusión voluntaria o la evasión del mundo moderno, lo que llama *la estética del desierto*, se convirtió en una constante a partir del siglo XIX: “Muy cerca de nosotros encontramos nombres como Lawrence de Arabia, Charles de Foucault, Massignon, que evocan la huida de una civilización asfixiante o una búsqueda del Grial contemporánea. Estos ejemplos no deben hacernos olvidar que hay otros muchos ejemplos, anónimos, todos motivados por una violenta reacción contra la materia, o más bien contra el materialismo, que fue la ideología del siglo XX. Y decimos ideología porque puede ser el materialismo filosófico de la vulgata marxista, también, el materialismo difuso de eso que llamamos sociedad de consumo. Es innegable que existe una reacción contra todo esto en la ética o la estética del desierto”, Michel Maffesoli, *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*, Daniel Gutiérrez Martínez [trad.], Breviarios 382, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 196.

proyectos que pondrán en marcha el nacimiento de una nueva sociedad, cuya misión será poner tierra de por medio del capitalismo corporativo y de sus fuerzas socioeconómicas de producción.

Si bien la temática de la obra puede parecer sencilla y, ante todo, de mucha actualidad ante la incertidumbre que el hombre de las últimas décadas del siglo XX ha experimentado con el auge del ambientalismo y el nacimiento de diversos grupos ecologistas, las significaciones que se ocultan tras el texto son profundas y se relacionan directamente con una serie de conflictos que vieron su nacimiento en el siglo XIX y que una vez inició el siglo XXI siguieron asaltando las preocupaciones del hombre contemporáneo.

El nacimiento de la idea del progreso en Occidente durante la modernidad, y de su antítesis, la idea de decadencia, han abarcado períodos, ideologías y doctrinas que de alguna u otra manera siempre estuvieron involucradas en los procesos sobre los que Occidente erigió su conocimiento. Uno de esos procesos, y sin duda alguna de los más importantes, se relaciona con la inclinación que llevó al hombre a intuir la presencia de la naturaleza como un ente al que había que dominar para asegurar la supervivencia de la especie.<sup>4</sup> Hombre y naturaleza, entonces, fueron vistos como dos entidades irreconciliables que dirimían sus diferencias a través de la fuerza.

Esta idea se cimentó, desde luego, en los dos pilares más sólidos de la tradición y el pensamiento europeo de la modernidad: la religión y la ciencia. El credo cristiano sostenía que los seres humanos debían distinguirse del resto de los animales por el simple hecho de haber sido creados a imagen y semejanza de Dios, lo que los convertía en algo intrínsecamente valioso: “De ahí que la humanidad [pudiera] comportarse como dueña y señora de la creación”.<sup>5</sup> Pero el humanismo también nutrió esta perspectiva al afirmar que la ciencia le confería al hombre no sólo el poder de perfeccionar sus instrumentos sino, también, su conocimiento, lo que le otorgaba potestad sobre todos los recursos que la naturaleza suministraba. Esta autoridad, que a su vez ponía al alcance de los seres humanos la posibilidad de crear un mundo mejor y, por tanto, transformar y modificar su destino, fundaría y sostendría el proyecto de la modernidad.

Santiago Castro-Gómez menciona que la modernidad, en primer lugar, y de manera general, fue un “intento fáustico por someter la vida entera al control

<sup>4</sup> Francis Bacon concebiría por primera vez a la ciencia como el instrumento que debía permitirle al hombre dominar la naturaleza a través del conocimiento, su obra *Novum Organum*, publicada en 1620, indaga sobre la lógica del procedimiento científico técnico, con el cual se llegaría a “establecer el dominio de la humanidad sobre el universo”, Francis Bacon, *Instauratio Magna, Novum Organum, Nueva Atlántida*, Francisco Larroyo [intro.], Editorial Porrúa, México, 1975, p. 75.

<sup>5</sup> John Gray, *Contra el progreso y otras ilusiones*, Estado y Sociedad 140, Paidós, México, 2006, p. 44.

absoluto del hombre bajo la guía segura del conocimiento”.<sup>6</sup> Al identificar estas pretensiones, dice Castro-Gómez, el hombre, sirviéndose de la razón, creyó que ya no sólo la voluntad divina debía regir los acontecimientos de la vida sobre la tierra, sino que él mismo se creyó capaz de descifrar y manipular las leyes inherentes a la naturaleza y disponer de ellas a su libre albedrío.

Dentro de esta contienda, que con el tiempo opondría al hombre ante su hábitat, la mejor estrategia que los seres humanos encontraron para enfrentar a su adversario fue, afirma Castro-Gómez, diseccionar las entrañas del enemigo para “descifrar sus secretos más íntimos, para luego, con sus propias armas, someterlo a la voluntad humana [...]. Max Weber habló en este sentido de la racionalización de Occidente como un proceso de ‘desencantamiento’ del mundo”.<sup>7</sup>

El papel del conocimiento científico-técnico en Occidente durante el siglo XIX hizo así imprescindible mecanismos y dispensadores de control sobre el mundo natural y social, que hicieron necesaria la gestión de una instancia central de vigilancia: el Estado, cuya función pretendía organizar de forma racional toda actividad humana.<sup>8</sup> Al recaer la organización y el control de la vida social en ese organismo, se instituyó el poder disciplinario, se modificaron las estructuras económicas y las políticas exteriores redirigieron sus prioridades, lo que originaría la era del colonialismo y, subsiguientemente, daría nacimiento al capitalismo global, ambos sostenidas en la idea del progreso.<sup>9</sup> Idea que había ayudado a formar durante los siglos XVII y XVIII la creencia de que la humanidad

<sup>6</sup> Santiago Castro-Gómez, “El problema de la ‘invención del otro’”, en Saurabh Dube, Ishita Banerjee Dube y Walter D. Mignolo [coord.], *Modernidades coloniales. Otros pasados, historias presentes*, Centro de Estudios de Asia y África, El Colegio de México, 2004, p. 286.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 286 y 287.

<sup>8</sup> Robert Nisbet, siguiendo a Michael Freeden, afirma que a finales de siglo autores como J. A. Hobson acabaron “creyendo que el liberalismo debía experimentar en sí mismo una evolución, un progreso, y que ahora debía predicar la aceleración del proceso por medio de acciones de gobierno y de la legislación. Hobson utilizó para ello el concepto de organismo social, tomado de la sociología de Spencer pero transformado por él. Según Hobson la idea de organismo social supone que la sociedad es un conjunto articulado de funciones, y estas funciones deben ser reguladas y supervisadas por el Estado. El lento, aunque inexorable, avance de la situación social de la humanidad podía, según estos pensadores, estimularse y acelerarse por medio de la aplicación de los principios básicos de las ciencias sociales a la economía y la sociedad”, Robert Nisbet, *Historia de la idea del progreso*, Enrique Hegewicz [trad.], Colección Hombre y Sociedad, Serie Mediaciones, Gedisa, Barcelona, 1981, p. 416.

<sup>9</sup> Andrés Lira menciona que el siglo XIX fue un mundo en donde “todo parecía explicarse por la *evolución*, como proceso diversificador e integrador, según modelos de la ciencia biológica en auge gracias a nuevas posibilidades de observación llevadas al pasado remoto de la naturaleza”, Andrés Lira, “Henry S. Main: historia y antigüedad del derecho”, en Dube, *op. cit.*, p. 185.

debía recorrer un largo camino desde las tinieblas de la barbarie hasta los albores de la civilización.

Como afirma Edgardo Lander,<sup>10</sup> el pensamiento europeo erigió así un modelo normativo que implicaba que la humanidad debía salir de sus etapas iniciales de primitivismo comunitario hasta alcanzar los más altos eslabones del progreso humano. La ciencia y el desarrollo tecnológico aportaban las herramientas necesarias para dicho propósito; el progreso se convirtió en un paso ascendente y lineal que implicaba la transformación constante de la naturaleza para poder consolidar y garantizar el proceso evolutivo. La *ratio* occidental, como explica Robert Nisbet,<sup>11</sup> cuyas ideas fundamentales giraban en torno a la libertad, la justicia, la igualdad o el derecho, también comenzó a consolidarse a través de la cada vez más influyente idea del progreso y el desarrollo tecnológico.

La occidentalización, estrechamente relacionada con la racionalización, significaba entonces alcanzar ese estado de madurez que Europa creía ya haber logrado en el siglo XIX y que ahora la obligaba a consolidar su sabiduría y su experiencia en el resto de las regiones que estaban bajo su dominio y dominar, por supuesto, a las que todavía escapaban a su control y, por tanto, no estaban favorecidas por la ciencia, las artes, la sofisticación y el progreso industrial, científico y tecnológico de los que se beneficiaba la Europa moderna:

[Y el] referente empírico utilizado para este modelo heurístico para definir cuál es el primer “estadio”, el más bajo en la escala del desarrollo humano, es el de las sociedades indígenas americanas tal como éstas eran descritas por viajeros, cronistas y navegantes europeos. La característica de este primer estadio es el salvajismo, la barbarie, la ausencia completa de arte, ciencia y escritura. “Al principio todo era América”, es decir, todo era superstición, primitivismo, lucha de todos contra todos, “estado de naturaleza”.<sup>12</sup>

Este imaginario que implicaba que las sociedades debían evolucionar en el mismo tiempo y bajo las mismas leyes universales “inherentes a la naturaleza o al espíritu [creó] conceptos binarios como barbarie y civilización, tradición y modernidad, comunidad y sociedad, mito y ciencia, infancia y madurez [...], pobreza y desarrollo”.<sup>13</sup> Edgardo Lander se extiende en la lista de particiones básicas sobre la que considera se instituyó el conocimiento eurocéntrico señalando dualismos como “razón y cuerpo, sujeto y objeto, cultura y naturaleza,

<sup>10</sup> Edgardo Lander, “Eurocentrismo, saberes modernos y naturalización del orden global del capital”, en Dube, *op. cit.*, p. 260.

<sup>11</sup> Nisbet, *op. cit.*, pp. 19 y ss.

<sup>12</sup> Castro-Gómez, *op. cit.*, p. 295.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 296.



masculino y femenino”,<sup>14</sup> cuyos preceptos fundarían el papel de las ciencias sociales durante el siglo XIX y la imposición del conocimiento europeo durante la siguiente centuria.

Estas reflexiones de orden general se expusieron en relación con *La costa de los mosquitos* porque a través de ellas Paul Theroux realiza un diagnóstico crítico que ya anticipaba en los años ochenta fisuras y escisiones socioculturales que más adelante seguirían riñendo y confrontando los horizontes intelectuales del Occidente posindustrial y que, con el tiempo, anclarían sus disertaciones entorno a las ideas que se propulsaban sobre el derrumbe ecológico producido por el avance de la tecnología. Además, sobre la idea del pesimismo occidental la obra de Theroux fijará los elementos base que caracterizarán su escritura, cuya crítica girará sobre estos dos puntos fundamentales:

1. Theroux, si bien no es el primer novelista en trabajar temas sobre la ecología,<sup>15</sup> a través de su obra estaba redimensionando las problemáticas que el ambientalismo, el progreso y la tecnología generaban en los debates de los años sesenta y setenta del siglo XX sobre la necesidad de implementar políticas sustentables, conflicto que pocas veces se habían llevado a los estudios filológicos para su análisis, pero que ya había sido ampliamente trabajado por la literatura europea decimonónica (por lo menos en sus vertientes sobre el progreso y la tecnología, como veremos más adelante).

En su dimensión política la ecología, si rastreamos sus distantes orígenes a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, nos remite a la creencia de que la ciencia positivista, como lo describe Eric Hobsbawm, se había cegado por la prosperidad que producía y “significó un alejamiento indiferente de todas aquellas cuestiones que eran decisivas para una auténtica humanidad”;<sup>16</sup> esta vertiente pesimista que se opondría a las ideas liberales más enraizadas (más tarde el *ecopesimismo* también fundamentaría sus evidencias más reveladoras en la deshumanización del progreso) entendió el siglo XIX como la consecuencia natural de un ciclo histórico que persiguió el adelanto tecnológico y el creci-

<sup>14</sup> Lander, *op. cit.*, p. 260.

<sup>15</sup> Autores como Henry David Thoreau (considerado uno de los pioneros de la ecología del siglo XIX junto con Ernst Haeckel), John Muir (miembro del Sierra Club, uno de los primeros grupos conservacionistas fundado en 1892) o Paul Goodman y Edward Abbey (que durante los años sesenta y setenta tuvieron una fuerte influencia en los movimientos ecologistas a través de su literatura, particularmente Abbey con su libro *The Monkey Wrench Gang* de 1975, que trata sobre la historia de una guerrilla ecologista inspirada en eventos de la vida real) experimentaron ampliamente con temas que ahora podemos denominar ambientalista por lo menos unas décadas antes de la publicación de *La costa de los mosquitos*.

<sup>16</sup> J. J. Salomon, cit. Eric Hobsbawm, *La era del imperio: 1875-1914*, Libros de Historia, Crítica, Barcelona, 2001, p. 266.

miento económico sin meditar en el impacto que éstos causaban en la conducta humana y en los valores sociales de la época, valores que poco a poco eran engullidos por las ideas políticas y económicas de la modernidad.

Emplazada en su perspectiva actual, el ambientalismo sigue incorporando ese viejo temor de que los valores de las sociedades modernas siguen siendo engullidos por esos mismos intereses ya no sólo en detrimento de las sociedades mismas, como creían autores como Arthur de Gobineau, Jacob Burckhardt, Karl Marx o Friedrich Nietzsche, sino, y lo que era más preocupante, sobre todo su sistema ecológico de soporte.

2. De esta forma Theroux esboza como hilo conductor de su relato esa vieja disputa entre el hombre occidental y el ecosistema. El arribo de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo, como explica Arthur Herman, siguiendo a Kirkpatrick Sale,<sup>17</sup> no sólo dio inicio al dominio europeo sobre la América hispánica, sino que también marcaría una de las más peligrosas herencias que la Conquista española legaría a la modernidad. 1492, entonces, puntualizaría, más que la rendición de una civilización a otra, el triunfo del progreso sobre la naturaleza a través del pillaje de materias primas y el sometimiento de la mano de obra indígena.

Robert Nisbet, en su *Historia de la idea del progreso*, señala que desde “Hesíodo, y con mayor intensidad desde Protágoras, pasando por romanos como Lucrecio y Séneca, por San Agustín y sus descendientes medievales y modernos, y los puritanos del siglo XVIII, hasta llegar a los grandes profetas del progreso de los siglos XIX y XX, como Saint-Simón, Comte, Hegel, Marx y Herbert Spencer”,<sup>18</sup> puede rastrearse la presencia de una convicción que llevó al hombre europeo a creer que el carácter mismo del conocimiento consistía en mejorar y perfeccionarse indefinidamente.

Pero también fue durante el siglo XIX, mientras se consolidaba la idea del progreso, que a su vez impulsaba la idea de que los procesos tecnológicos e industriales estarían precedidos de una era inalterable de bienestar económico, social y cultural, cuando la estética romántica hizo su aparición en escena; su escepticismo, que arrastraba ya la semilla de la incertidumbre, los llevaría a rechazar las creencias iluministas sobre las indulgencias del progreso.<sup>19</sup> El ro-

<sup>17</sup> Arthur Herman, *La idea de decadencia en la historia occidental*, Carlos Gardini [trad.], Barcelona, Andrés Bello, 1997.

<sup>18</sup> Nisbet, *op. cit.*, p. 20.

<sup>19</sup> También Jean-Jacques Rousseau se convertiría en uno de los grandes críticos del capitalismo. Sostenía que el proceso civilizador, sustentado en el refinamiento de las ciencias y las artes, la cortesía, el comercio y el moderno modelo de gobierno fomentaba el estímulo de sentimientos como la codicia, el egoísmo y la vanidad: “‘Por doquier el hombre nace libre’, escribió en la primera frase del *Contrato social*, ‘y por doquier está en cadenas’, las cadenas impuestas por la sociedad

manticismo, y más tarde sus descendientes, como explica Arthur Herman, formularían una serie de cuestionamientos sobre cuáles serían los resultados de las innovaciones que se estaban llevando a cabo con los adelantos tecnológicos y de qué forma impactarían y transformarían los asuntos de orden social, moral o espiritual de toda sociedad. Estos cuestionamientos llevaron a hombres como:

Tocqueville, Burckhardt, Nietzsche, Schopenhauer, Max Weber, Sorel, W. R. Inge, y Spengler [a no creer] que la situación de Occidente reflejara nada que mereciera el nombre de progreso. Fueron, en su época, pequeñas minorías, pero constituyeron el origen directo del malestar intelectual y literario que tanto se ha extendido en Occidente.<sup>20</sup>

A partir de entonces las ideas pesimistas rivalizarían con las ideas liberales, con el triunfo regular de las segundas sobre las primeras, es decir, con el triunfo de la fe occidental en el progreso.<sup>21</sup> Y la expansión colonial parecía darles la razón a los apólogos del desarrollo; la imposición del orden jurídico y social de Occidente, la consolidación de su religión y el crecimiento de su vasta cultura a nivel planetario, en efecto, se esgrimía como la muestra irrefutable de la superioridad de sus instituciones.<sup>22</sup>

civil. Rousseau revirtió los polos de la civilización y la barbarie. Sus alabanzas al hombre primitivo, el 'buen salvaje' [...] que vive en espontánea armonía con la naturaleza y sus semejantes, constituían un reproche contra sus refinados contemporáneos parisinos. Pero también constituían un reproche contra la idea de la historia como progreso: 'Todo progreso subsiguiente ha consistido en pasos *aparentes* hacia el mejoramiento del individuo, pero en pasos reales hacia la ruina de la especie'. La propiedad daba origen a la competencia y la explotación; las interacciones sociales complejas generaban orgullo y envidia. Las artes ablandaban y afeminaban a los hombres. Los seres humanos se volvían físicamente débiles y estaban infelices y crispados. Peor aun, el progreso de la sociedad civil no traía libertad política, sino todo lo contrario. 'Destruía irremediabilmente la libertad natural, establecía para siempre la ley de la propiedad y la desigualdad... y para beneficio de un puñado de ambiciosos sometía a la raza humana al trabajo, la servidumbre y la desdicha"', Herman, *op. cit.*, p. 39.

<sup>20</sup> *Ibid.*, pp. 23 y 24.

<sup>21</sup> Durante el siglo XX también las ideas progresistas y liberales se impondrían a las ideas pesimistas, no obstante, el fantasma de la decadencia acompañaría toda la historia de Occidente hasta el arribo del siglo XXI.

<sup>22</sup> Albert Béguin menciona que durante el siglo XVIII la química había triunfado sobre la alquimia a la que tanto había recurrido el hombre durante el Renacimiento. En la física, los trabajos de Galvani y Mesmer habían revolucionado los estudios científicos de la época; la medicina implantó nuevas estrategias terapéuticas; la geología indagó en los orígenes volcánicos y marinos de la tierra; la arqueología, durante la siguiente centuria, haría lo propio al hacer resurgir de las profundidades de la tierra culturas milenarias, en resumen, el hombre, "entregado a los métodos más alejados de toda interpretación subjetiva, proseguía, descubrimiento tras descubrimiento, su obra de progreso humano", Albert Béguin, *El alma romántica y el sueño*, Lengua y estudios literarios, Mario Monteforte Toledo [trad.], Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 90.

Pero si el siglo XIX había otorgado al hombre moderno el dominio de la ciencia (y por tanto, creían, el perfeccionamiento de las artes, la cultura y el refinamiento social) gracias a la imposición de las ideas liberales y la economía de libre mercado, para los teóricos de la decadencia el uso intemperante de la máquina, la industria, la tecnología y, en resumen, todos los motores que sostenían el capitalismo avanzado<sup>23</sup> (que por supuesto incluía el importante papel que la ciencia jugaría en el nuevo orden político y social) estaban segregando a los individuos de su comunidad orgánica original,<sup>24</sup> el resultado parecía aterrador y, también, parecía:

[...] conspirar súbitamente contra el progreso humano en vez de favorecerlo [...]. A fines de siglo, la teoría de la degeneración había sacudido profundamente la confianza del liberalismo europeo en el futuro [...]. En 1890 cundía la opinión de que una marea de degeneración barría el paisaje de la Europa industrial, creando a su paso una multitud de trastornos que incluían [...] el delito, el alcoholismo, la perversión moral y la violencia política.<sup>25</sup>

Occidente, repicaban los ecos más pesimistas de la cultura finisecular, había arribado al vértice de la civilización. Ese arribo a la cúspide implicaba, naturalmente, la subsiguiente inversión del ciclo evolutivo, lo que llevaría a las civilizaciones del norte a enfrentar ahora el ocaso y su posterior cataclismo, tal como había sucedido con todas las culturas antiguas y, naturalmente, como ocurría con todo organismo viviente.

Para Arthur Herman novelas como *Frankenstein* (1818), de Mary Shelley, *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1868) o *La isla misteriosa* (1875) de Julio Verne, *La isla del doctor Moreau* (1896) o *La guerra de los mundos* (1898), de H. G. Wells<sup>26</sup> habían anticipado desde el siglo XIX una era tecnológica y científica fuera de control que el siglo XX parecía encaminar a su ratificación.

<sup>23</sup> Nisbet explica que autores como Weber comenzarían a llamar la atención sobre la "burocratización del espíritu humano debido a los avances de la institucionalización de los hombres por medio de lo que él llamaba el proceso de 'racionalización' y 'desencanto del mundo'" (Nisbet, *op. cit.*, 442). Max Nordau también había insistido en que las instituciones occidentales comenzaban a dar muestras de podredumbre, lo que dejaba al hombre occidental indefenso ante un inevitable proceso de decadencia y un inminente retorno a la barbarie.

<sup>24</sup> Esta segregación no sólo se veía reflejada en el incremento de la pobreza en las zonas urbanas con la aparición masiva de mendigos, borrachos, prostitutas, ladrones y juerguistas que inundaron las arterias de las grandes capitales sino, también, con la aparición de los primeros asesinos seriales: Mary Anne Robson, Peter Kürten, Fritz Haarman, Albert Fish y, naturalmente, Jack el Destripador, cuyos terribles crímenes cimbrarían la escena urbana.

<sup>25</sup> Herman, *op. cit.*, p. 116.

<sup>26</sup> Principalmente en novelas como *Frankenstein*, *La isla del doctor Moreau* o *La guerra de los mundos*, como bien lo explica Arthur Herman, "la comprensión de las fuerzas vitales de la na-

El escepticismo de algunos sectores intelectuales sobre el progreso seguiría su asenso irrefrenable hasta convertirse en una de las más grandes problemáticas sociales y culturales que hacia finales de siglo enfocaría su atención a los conflictos medioambientales. Tendencia que los ecologistas buscaban revertir con la construcción de un nuevo orden mundial más respetuoso con el medio ambiente.

Esta utopía, asentada sobre las bases de una nueva sociedad que pudiera restablecer el vínculo hombre/naturaleza, consistía en gran medida (para algunos grupos ecologistas) en el retorno a la organización social de las comunidades indígenas. Las prácticas de los pueblos nativos de América hacían pensable la restauración a pequeña escala de actividades como la pesca, la caza, la recolección y la siembra sin necesidad de asolar los recursos naturales de la Tierra. La búsqueda de lo “primitivo”, como sucede en *Los pasos perdidos* (1953) de Alejo Carpentier, se convirtió en una exploración de los sentidos que pretendía erradicar los males producidos por la modernidad y los complejos engranajes sobre los que se sostenía. Pero a diferencia del relato de Carpentier, el personaje de *La costa de los mosquitos* convertirá su lucha contra la civilización en una inquietante pesadilla.

Pero entre ambas novelas median casi treinta años de distancia. En esas tres décadas la desilusión hacia “las fuerzas de la civilización” había escalado a los más altos niveles de desconfianza, poniendo en entredicho el lugar de la naturaleza dentro de las nuevas configuraciones que estaba adoptando el progreso.<sup>27</sup>

La separación o el divorcio entre una cultura científico-técnica y otra social y humanista, como aclaran José Luis Luján y Luis Moreno, seguirían estimulando la aparición de movimientos cuestionadores del desarrollo tecnológico. Bajo este contexto, la obstinación de Allie Fox por alejarse de la órbita de influencia del Occidente posmoderno se hace entendible. Sumergido en un mundo convulsionado y violento, programará su vuelta a la naturaleza en una clara emulación

turalaza” (Herman, *op. cit.*, p. 400) y el dominio de la ciencia se convierten en peligrosos instrumentos que terminan por volverse contra el hombre y su tranquilidad.

<sup>27</sup> Con la aparición de *La primavera silenciosa* en 1962, de Rachel Carlson, por primera vez se tomó conciencia de que “los pesticidas sintéticos y los metales pesados, por ejemplo, se acumulaban progresivamente y se introducían en la cadena alimenticia ‘envenenando’ la vida en el planeta. Carlson llama de este modo la atención sobre los riesgos que todavía no eran patentes pero que, de no tomar medidas, llegarían inevitablemente a materializarse”, José Luis Lujan y Luis Moreno, “La biotecnología, los actores y el público”, en *VII Biennial of Society for Philosophy and Technology, Estudio sobre Tecnología, Ecología y Filosofía*, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura, mayo de 1993, disponible en <http://www.oei.org.co/cts/tef00.htm>, última consulta: 14 noviembre de 2012.

de los discursos ambientalistas de los años setenta y ochenta:<sup>28</sup> “—Os sacaré de aquí... haremos las maletas y nos iremos. Dando un portazo” (p. 26), le dirá a su familia Allie Fox al comienzo de la novela. Más adelante a orillas de la costa de Baltimore podrá gritar: “¡Adiós, América! —dijo—. Si alguien pregunta, dile que naufragamos. ¡Adiós a tu basura y a tus espantos!” (p. 77). Minutos después abordarán el barco que los transportará a Centroamérica.

La tecnología seguía representando para algunos grupos disidentes de la cultura oficial (así como lo había hecho en el siglo XIX) una de las tantas formas definitivas que la barbarie asumiría durante el siglo XX y que proyectaba al hombre al abismo de su propia destrucción. Pero la llegada de los Fox a la costa centroamericana de La Mosquita volverá el ánimo al padre de familia, lo que lo llevará a trabajar día y noche en los planos proyectados para las tierras de Jerónimo:

Aquí veo una casa —dijo—. Aquí una especie de cobertizo, con un taller, un verdadero taller de herrero, con su forja. Allí la letrina y la planta. Cortando y quemando toda la zona, tendremos cuatro o cinco acres de buena tierra para cultivo. Pondremos el depósito de agua en esa elevación y desviaremos parte del arroyo para llevar agua a los cultivos [...]. Allí abajo veo un amarre y una pasarela a una casa-barca. Haremos un par de saledizo a derecha e izquierda de la casa principal a prueba de chaparrones. El terreno es suficientemente alto, pero, para mayor seguridad, levantaremos la casa y utilizaremos la parte de abajo para cocina. Me gustaría algo de drenaje ahí detrás, huelo a pantano. [...]. Unas cuantas alcantarillas de tres pies se encargará de eso, y una vez que controlemos el agua, podremos cultivar arroz y pensar en un sistema hidráulico serio. Lo más difícil es la planta. La veo en aquel hueco, un poco a sotavento. Podemos aprovechar el combustible que crece ahí. Parece madera dura (p. 141).

Consciente de los daños que el progreso producía en el medio ambiente y en el espíritu del hombre, Allie Fox construirá su comunidad alejado de cualquier tecnología avanzada, haciendo únicamente uso de sus herramientas y conservando la relación orgánica con la naturaleza:

La Edad de Hierro llega a Jerónimo —dijo Padre—. Hace un mes estábamos en la Edad de Piedra, cavando las verduras con palas de madera y matando ratas a

<sup>28</sup> El tema *redentor* del hombre occidental sumergido “en la virtud primitiva de una *Native American* o de una *Arcadia* latinoamericana para hallar esclarecimiento y liberación espiritual” (Herman, *op. cit.*, p. 370) estimularía la idea de “retorno a la naturaleza”, que en los años setenta generó el asentamiento de varias comunidades experimentales en Occidente. Arthur Herman calcula que existieron cerca de dos mil comunidades *hippie* solamente en los Estados Unidos, país que ostentaba los estigmas del progreso.

golpes de hachas de sílex. Vamos avanzando. ¡En unos días estaremos en 1832! Por cierto, señores, tengo intención de saltarme a la torera el siglo veinte enterito (p. 164).

Pero la estancia en Centroamérica representará para Allie Fox no sólo un desafío al mundo occidental, sino también una vuelta en el tiempo con la que buscará restablecer el equilibrio con la Madre Tierra y, naturalmente, con su propio ser.<sup>29</sup> Pero este giro en el tiempo más que orientarse a la búsqueda de los orígenes, como aparenta ser en un principio, se transformará en un deseo de ignorar el fluir de la historia a través de la fuga. Ignorar la historia lo llevará a repetir los modelos que decía combatir y por los cuales había abandonado Norteamérica. Por ejemplo, cuando expresa los siguientes comentarios sobre los nativos de La Mosquita:

—No pintan cuadros [...], no tejen cestos, ni esculpen rostros en cocos ni ahuecan cuencos para ensalada. No cantan, ni bailan ni escriben poemas. No son capaces de pintar una raya recta. Por eso me gustan. Esto es inocencia. Están un poco tocados por la religión, pero ya se les pasará. Madre, aquí hay esperanza (p. 152),

más que formular su admiración y su fe en las comunidades autóctonas, estaba exteriorizando su desprecio por lo que inicialmente llamará *inocencia*, pero que más adelante decretará como *salvajismo*.<sup>30</sup>

—Qué es un salvaje —preguntaba—. Es alguien que no se toma la molestia de mirar a su alrededor y ver que puede cambiar el mundo [...]. El hombre que veía un pájaro y lo tomaba por un dios porque no podía imaginarse a sí mismo volando era un salvaje de la peor especie. Tribus enteras no tenían el sentido común suficiente como para construirse cabañas. Iban por el mundo desnudos y cogían pul-

<sup>29</sup> Mircea Eliade considera que el retorno a los orígenes propio de las sociedades arcaicas perdura en la mentalidad de las sociedades modernas. La vuelta al origen, en este sentido, parte de la idea de que las tradiciones purifican. Tener un origen significa, entonces, tener un legado, poseer nobleza. Ver Mircea Eliade, *Mito y realidad*, 5a. ed., Luis Gil [trad.], Barcelona, Kairós, 2010, pp. 174 y ss.

<sup>30</sup> La idea del salvaje, como explica Roger Bartra, ha sido utilizada frecuentemente con fines racistas dentro de la historia occidental a partir del siglo XV, pero hacia la segunda mitad del siglo XX la imagen del salvaje sirvió también para tomar “distancia” de la civilización occidental. Es decir, cuando el hombre moderno dudó con mayor puntualidad de su papel civilizador dentro de la historia, la imagen del salvaje se convirtió en un poderoso mito cultural en Occidente (sobre la influencia del mito del salvaje en el gnosticismo europeo desde la antigüedad hasta la actualidad ver *El mito del salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011, pp. 228 y ss.). Indirectamente también este “distanciamiento” estimuló la idea de “vuelta a la naturaleza” que caracteriza a los movimientos ecologistas, aunque Allie Fox utilizará el término más con fines racistas que humanitarios.

monías dobles. Sin embargo, convivían con pájaros que construían nidos y conejos que cavaban guaridas (p. 167).

La mentalidad del personaje norteamericano, naturalmente, debe ser comprendida en los límites de la dicotomía civilización/barbarie en los términos que Edgardo Lander lo refiere bajo uno de los supuestos en los que se fundamenta el conocimiento eurocéntrico, es decir, en las diferencias que la mentalidad occidental estableció con relación a las otras culturas. En esta dirección, lo *otro* cobra relevancia al ser estimado en una escala de valores que, “en distancias espacio temporales, en jerarquías que sirven para definir a todos los seres humanos no europeos”,<sup>31</sup> crean dicotomías irreconciliables entre el hombre sofisticado y civilizado del norte y el ser subdesarrollado y bárbaro del sur, cuya presencia desempeña en la obra de Theroux un papel central.

En el plano ideológico, el triunfo del espíritu científico-técnico, según Mircea Eliade, se ha traducido “no sólo en la fe por el progreso ilimitado, sino también por la certidumbre de que cuanto más *modernos* somos más nos aproximamos a la verdad absoluta y más plenamente participamos de la dignidad humana”.<sup>32</sup> Esta convicción por la razón y la verdad y su relación con la escala de valores sobre los atributos de una *humanidad superior* operarán en la conducta del personaje Allie Fox extraños cambios de dirección que lo harán oscilar entre su rechazo a la sociedad industrial avanzada y la fe en las herramientas técnicas que construirá gracias a su ingenio.

Pero el férreo rechazo hacia el Occidente moderno y su entusiasmo por modificar la naturaleza para “hacer la vida más agradable” (p. 158) se convertirá en una intenso forcejeo que proyectarán al personaje a la construcción de un insólito diálogo sobre alteridad cultural. Diálogo que al paso de las páginas se irá transformando en un monstruoso monólogo que únicamente podrá ser moderado, y solo parcialmente, por su hijo mayor, Charlie Fox, narrador del relato.

La obra de Theroux se transforma así en un intento por representar y repensar, a través de la confrontación dialéctica, la tradición del pensamiento europeo heredado de la Ilustración, tanto a través de la filosofía como de la literatura clásica, que tanto habría de influir entre los pensadores europeos y norteamericanos durante las siguientes dos centurias y que había marcado una larga tradición que arrojaba al hombre occidental al abismo de la “razón”.

Abismo en el que Allie Fox se extraviara gracias a su obstinación por pulir y corregir su entorno, pese a que apelará constantemente al restablecimiento de la relación vitalista y orgánica entre el hombre y la naturaleza:

<sup>31</sup> Lander, *op. cit.*, p. 260.

<sup>32</sup> Mircea Eliade, *Herreros y alquimistas*, El libro de bolsillo, Madrid, 2001, p. 14.



Hasta padre, que gozaba con las complicaciones, decía que [el río] era un maldito laberinto y que, si tuviera una draga y una barcaza llena de dinamita, le iba a volar los recodos y ponerlo tan recto que se iba a ver la luz del día de un extremo a otro.

Este era el tema de sus discursos. Cuando la tentación de aguas abiertas nos llevaba a una ciénaga, Padre decía “voy a hacer algo con esto”. De las islas, “las voy a hundir en cuanto tenga ocasión”. De los estanques, “hacer un canal por aquí, dirigirlo... solo necesito dinamita y unas cuantas manos voluntariosas”.

—Limpiar todas estas obstrucciones, fabricar una especie de pala que corte todos estos sargazos de raíz y los recoja. Dar forma a este desorden. Muy norteamericano, dirán ustedes: ¿el hombre que quiere hacer cambios permanentes en esta pacífica jungla? Pero yo no he hablado de venenos, y desde luego, no tengo intención de abrirlo al comercio (p. 190).

Los deseos de poder dinamitar el laberíntico río para transformarlo en una afluente rectilíneo y de fácil navegación, la construcción de una planta de distribución de agua, el almacén refrigerado, la incubadora, el sistema de alcantarillado y, finalmente, el equipo de soldador con el que parecía “un brujo, con su máscara de hierro transformando un pedazo de chatarra en una pieza simétrica para la fontanería, que constituían el estómago y los intestinos de la planta [de distribución de agua]” (p. 165), comenzarán a transfigurar la fisonomía de Jerónimo. “Decía que estaba fabricando un monstruo. ‘¡Soy el doctor Frankenstein!’, aullaba a través de su máscara” (p. 165).

La construcción de Niño Gordo,<sup>33</sup> una máquina para fabricar hielo por medio de calor y gases tóxicos para preservar los alimentos y enfriar el agua (que en el fondo sólo parece un artilugio más construido para impresionar a los indígenas), marcará el fin de los Fox en Honduras. Y como el doctor Frankenstein, Allie Fox, a través del uso de sus herramientas terminará por transformarse en una suerte de hechicero moderno, convertido en mártir de sus instrumentos.

Enemigo de la era industrial, pero convencido de la necesidad de sus proyectos para cimentar las bases de la “nueva civilización”,<sup>34</sup> Allie Fox construirá

<sup>33</sup> Thomas R. Edwards ha explicado con precisión que el nombre de la máquina (en inglés *Fat Boy*) es una clara alusión al apodo de la bomba arrojada por el ejército de los Estados Unidos en Hiroshima en 1945 y cuyo nombre era *Little Boy*, Thomas R. Edwards, “Paul Theroux’s Yankee Crusoe”, en *The New York Times*, 14 de febrero de 1982, disponible en <http://www.nytimes.com/books/00/06/18/specials/theroux-mosquito.html>, consultado el 10 de octubre de 2012.

<sup>34</sup> En ese sentido el personaje enfatizará, al ver concluida la obra de Jerónimo, que “nadie había tenido que decir una oración ni rendir su alma ni jurar fidelidad ni marcar una Biblia ni izar una bandera. No habíamos contaminado el río. Habíamos preservado la ecología de la Costa de los Mosquitos. Y todo, porque habíamos depositado nuestra confianza en un ‘yanqui con la manía de terminar las cosas él mismo’” (p. 206). Pero ante todo Jerónimo era una tierra que no se había abierto ni pretendía abrirse al comercio, la religión y al concepto de nacionalidad.

su “monstruo” a imagen y semejanza de los hombres: “—No digo que todos los inventos sean buenos. Pero observarán que los inventos peligrosos son siempre inventos antinaturales [...]. —Yo nunca he hecho nada —dijo— que no existiera antes bajo otra forma semejante” (pp. 167-168).<sup>35</sup> El joven Charlie ratificará esta opinión cuando se introduzca, por orden de su padre, en el frío y metálico almacén de Niño Gordo:

Empecé a subir por los tubos, cruzando la sección central, desde los depósitos que Padre llamaba riñones, atravesando la oxidada molleja hasta alcanzar el tubo de acero que él llamaba gazzate [...]. En el preciso instante en que me estaba diciendo a mí mismo “no mires hacia abajo, miré hacia abajo”. Y seguí mirando. Reconocí lo que vi. Aquello no era un vientre. Era la cabeza de Padre, la parte mecánica de su cerebro y los vericuetos de su mente, igual de fuertes, de enormes y de misteriosos. Todo me fue revelado, pero había demasiado, como una página de libro llena de secretos, en letra demasiado pequeña. [...]. “Como el cuerpo humano”, había dicho, pero aquella era la parte más oscura de su cuerpo, y en esa oscuridad se encontraban las juntas y abrazaderas de su mente, una jungla de hierro torcido y depósitos panzudos, pendientes de delgados alambres y cicatrices soldadas (p. 170).<sup>36</sup>

Al salir de la máquina, y contrario al entusiasmo de su padre, concluirá: “Era como estar dentro de algo gigante y muerto” (p. 170).

<sup>35</sup> El intento de Allie Fox por hacer de sus instrumentos una herramienta humana, acorde con su entorno, resulta una ilusión más de su falsa relación con la naturaleza: “Me he limitado a coger algo [afirma], o parte de algo, y hacerlo más grande [...]. Saqué la idea de la anatomía humana [...]. La gente habla de la invención de la rueda ¿Qué tiene eso de maravilloso? No es nada comparado con los rodamientos a bolas, y en la naturaleza hay rodamientos a bolas. ¡Todos ustedes tienen uno rodamiento en cada cadera! ¿El desarrollo de las lentes? Todos los inventos ópticos son plagios del ojo humano, aunque he de confesar que, comparados con ellos, el ojo humano es considerablemente inferior [...]. Y esto ¿qué es? [dice, refiriéndose a Niño Gordo]. Es el interior de un hombre. Sus entrañas y sus órganos vitales. Es carnaza. Tracto digestivo. Respiración. Sistema circulatorio. Tejido adiposo” (pp. 168 y 169).

<sup>36</sup> Max Horkheimer y Theodor Adorno, señala Arthur Herman (*op. cit.*, p. 307), ya habían identificado los orígenes filosóficos del capitalismo con el culto occidental por la razón (cuyo deber era guiar los procesos tecnológicos de forma ordenada y metódica). Pero la búsqueda del control por medio de la razón, bajo las directrices de la democracia liberal, creían los detractores del progreso, poco a poco había creado un mundo “nivelador, mortificante, un mundo en el cual la cantidad ha tomado el puesto de la calidad, en el cual el culto a los valores espirituales ha sido sustituido por el culto a los valores instrumentales y utilitarios”, (Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, Alfredo N. Gallett [trad.], 2a. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1974, s. v. *Técnica*.) un mundo, en suma, alienado de la naturaleza, cuyo principal instrumento era la máquina. Es de notar, por tanto, la comparación que Charlie Fox realiza sobre los engranajes de Niño Gordo y la mente “inerte” de su padre.

Además, el proyecto, como lo ha explicado Tomas R. Edwards, demuestra las contradicciones de la imaginación de Allie Fox, en tanto que el hielo representará un regalo tan sorprendente como inútil para los habitantes de Jerónimo. No obstante, para Fox, la creación del hielo significará una de las tantas demostraciones acertadas de su poder de crear algo de la nada, poniendo en evidencia las flaquezas de “la creación”. Para Allie Fox la naturaleza es imperfecta hasta que no ha sido transformada y modificada por el ingenio y el conocimiento humano. De más está decir que la idea de Dios le resultará doblemente aberrante: “¿Y por qué construirlo? ¡Porque éste no es un mundo perfecto! Y por eso hago lo que hago. Y por eso no creo en Dios. ¡No miren tanto al cielo, señores! Porque, si algo puede mejorarse, eso no habla mucho a favor de Dios, ¿no les parece?” (pp. 198-199). Theroux, afirma Edwards, toma como modelo un tropo medular del imaginario colectivo norteamericano de la modernidad: el deseo de construcción o de transformación, concebido como expansión del ser hacia la posesión del entorno. Posesión que, de no darse, quedaría bajo la potestad de la naturaleza o de Dios, como les sucede a los pueblos que carecen del saber occidental.

En esta parte del relato la función del narrador, Charlie Fox, resulta crucial para la exposición de las ideas del padre. Como lo ha explicado Edwards, Charlie es un adolescente que admira tanto a su progenitor como le teme. A pesar del orgullo que siente por su ingenio, no desea permanecer en la selva, anhela volver a Norteamérica y ser un joven convencional, pese a que lo que llama normalidad en Norteamérica también es una compleja realidad (no se les permitía asistir a la escuela, relacionarse con otros niños, ver televisión o consumir comida chatarra).

Edwards considera que al utilizar un narrador preceptivo, pero poco sofisticado, Theroux permite una sutil ironía, en tanto que el narrador no posee la edad suficiente (ni el conocimiento requerido) para crear juicios de valor o conexiones entre la mentalidad de Allie Fox y la realidad de su mundo circundante. A través de Charlie, Theroux exhibe no sólo la implacable personalidad del padre, sino también una realidad atroz que, aunada a la tradición occidental que personifica, se nos presenta limpia de prejuicios que dirijan la lectura.<sup>37</sup>

Pero más allá de la inocencia del narrador, Theroux sitúa con toda intención la argumentación del personaje en torno a la mentalidad antitécnica norteamericana que durante los años ochenta fomentaba una asombrosa desconfianza sobre las perspectivas del desarrollo tecnológico y creó patrones culturales que tendrían fuerte influencia en el cine y la literatura durante las dos últimas déca-

<sup>37</sup> Ver Edwards, *op. cit.*

das del siglo XX.<sup>38</sup> El bosquejo del hombre moderno “actuando como aprendiz de brujo y con el arma atómica volviendo a un estado primitivo y salvaje”<sup>39</sup> cobró considerable relevancia en el imaginario occidental, principalmente en los Estados Unidos, invirtiendo deliberadamente la oposición civilización/barbarie sobre la que Occidente había establecido su dominio.

Para los años ochenta y noventa, como lo menciona Arthur Herman, el ascenso cultural del hombre implicaba, para los ecologistas más radicales, graves consecuencias en el ejercicio del poder sobre la naturaleza, incluso en el uso de energías como la eólica o la solar, a final de cuentas, “trátase de una punta de flecha o de un viaje a la luna [la] tecnología en su forma moderna es sólo una extensión extrema de la tendencia de toda cultura humana, aun la más primitiva, a obtener poder sobre el medio ambiente”.<sup>40</sup> Y ese poder daba como resultado, en todos los casos, una relación conflictiva entre el hombre y su hábitat.

Paul Theroux le guiña así el ojo a los sectores más “profundos” del ambientalismo, compartiendo la visión que considera las “evidencias de la razón” como un factor de consolidación de dualismos como civilización/barbarie y cultura/naturaleza, que desequilibraron las relaciones de Occidente con su entorno y que, además, como explica Jürgen Habermas, siguiendo a Herbert Marcuse, conduce invariablemente al saber occidental de una dominación implacable sobre la naturaleza a un dominio cada vez más feroz del hombre sobre el hombre.<sup>41</sup> Criterio bajo el cual Allie Fox establecerá una relación intransigente con respecto a las tradiciones y las costumbres de la cultura a la que arriba, cuya carencia de instrumentos tecnológicos el personaje identifica con la superstición, la pereza y la ignorancia:

¡Energía geotérmica! No se rían. Sólo hay unos cuantos lugares en el mundo donde es practicable, y ustedes tienen la suerte de vivir en uno de ellos. Toda Centroamérica es un depósito de alta energía. Están en una falla... corteza fina, estratos sueltos. Oigan los volcanes. Están gritando, diciendo, ¡geotérmica!, ¡geotérmica!, pero nadie hace nada al respecto. Nadie parece comprender cómo el mundo moderno llegó a ser lo que es, nadie, excepto yo” (p. 207).

Inmersa en lo más profundo del debate del movimiento ambientalista, la obra de Theroux, como la ecología contemporánea, se cuestiona sobre el per-

<sup>38</sup> La novela, de hecho, sería llevada a la pantalla por Peter Weir en 1986.

<sup>39</sup> Herman, *op. cit.*, p. 404.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 434.

<sup>41</sup> Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, cit. Jürgen Habermas, *Ciencia y técnica como “ideología”*, 7a. ed., Manuel Jiménez Redondo y Manuel Garrido [trad.], Tecnos, Madrid, 2010, p. 58.

turbador camino que el hombre ha elegido en su relación con el ecosistema. Pero no sólo en su relación con el ecosistema. *La costa de los mosquitos* también es una reflexión profunda sobre los valores que aún rigen a nuestras sociedades a través de nociones como la democracia, la igualdad, la legalidad, la alteridad cultural y, en general, toda la herencia que en torno a las libertades civiles nos legaron los siglos XVIII y XIX, de donde indirectamente nació el movimiento ecologista, pero que también dio origen a un conocimiento científico-técnico intransigente, a través del cual se erigió un saber “verdadero, universal y objetivo”.<sup>42</sup> A partir de ahí toda otra forma de saber quedó inminentemente reducida a la ignorancia o la superstición.

Pero esta idea sobre el progreso, cuyos principales fundamentos se encuentran sostenidos en la productividad, las innovaciones tecnológicas y los avances de la ciencia, también darían origen a una de las más grandes quimeras que ensombrecerían el horizonte del hombre hacia finales del siglo XX: el miedo a la escasez de los recursos naturales, la hambruna, los desastres tecnológicos y la contaminación global.<sup>43</sup>

Miedo que Theroux trasmite a su obra ingeniosamente a través de un inesperado accidente que transforma la vida de los Fox en una interminable aventura que los llevará río abajo, hasta la laguna de Brewer, donde el padre, consciente de la desgracia que ha llevado a Jerónimo con las emanaciones de amoníaco que se desprenden de la explosión de Niño Gordo y que enrarecieron el ambiente hasta hacerlo inhabitable, decide abandonar todo intento de perfeccionar su hábitat, resuelto a vivir sólo de aquello que afablemente le provea la naturaleza a través de un huerto y un criadero de gallinas imaginarios: “El error letal que todo el mundo cometió [advertirá] fue pensar que el futuro tenía algo que ver con la tecnología avanzada. ¡Yo mismo lo pensaba! Pero eso fue antes de tener esta experiencia [...]. La ciencia ficción hizo concebir a la gente más falsas esperanzas que dos mil años de Biblias” (p. 332).

Cuando en la segunda mitad del siglo XX la sociedad occidental se planteó por primera vez la posibilidad de que no sólo fuera la subsistencia de la sociedad civil la que estaba en riesgo (como había sostenido el siglo XIX), si no todo el sistema ecológico que la soportaba, la economía liberal y su abuso en el uso

<sup>42</sup> Lander, *op. cit.*, pp. 260 y 261.

<sup>43</sup> Nisbet aclara que “uno de los presupuestos básicos de la idea moderna de progreso es la fe en el carácter invariable de la naturaleza, de que la naturaleza será mañana igual a como es hoy, y como fue ayer. Dentro de naturaleza se entiende también la naturaleza humana [...], el presente tenía que ser superior al pasado puesto que contaba con todos los conocimientos acumulados a lo largo de los siglos”, Nisbet, *op. cit.*, 466. Las últimas dos décadas del siglo XX, bajo el fantasma de la escasez y el agotamiento de los recursos naturales, pondrían en duda esas seguridades que a la larga terminarían por modificar nuestra visión sobre la naturaleza.

indiscriminado de combustibles fósiles y minerales (que por supuesto incluían el uso de la energía nuclear), pasaron al centro del debate, debate que a momentos tomaba tintes catastróficos y cuyas representaciones transformaron el imaginario cultural de Occidente, como queda expuesto en la sensación que Allie Fox experimentará hacia el final de la novela sobre el futuro del hombre: “—Ahí abajo está la muerte. Escombros. Carroñeros. Comedores de basura. Todo lo roto, lo podrido y muerto está en esa corriente, atraído por la costa. Y la costa es el lugar más cercano a los Estados Unidos, ¿cómo vamos a saber si no está ya envenenada?” (p. 323).<sup>44</sup>

Después del accidente y tras un largo vagabundeo por las tierras altas de la selva de La Mosquita, la obstinación del personaje por desprenderse de cualquier tecnología empezará a convertir en un perímetro excesivamente perverso la selva hondureña. El resultado será la desolación, el hambre y la angustia. A partir de ahí, la historia se convertirá en un verdadero suplicio que culminará con la muerte de Allie Fox al sabotear una aeronave de colonos norteamericanos.

Que Theroux situara su relato en la selva hondureña, en el corazón de la América hispánica, no fue casual. Al hacerlo, el autor replantaba la vieja dicotomía entre el hombre y su hábitat, volviendo esta disputa el punto central del conflicto vital que se desarrolla en *La costa de los mosquitos* entre el hombre proveniente del norte y la jungla centroamericana. Nutría, asimismo, el debate sobre la influencia antropogénica como factor desequilibrante en el cambio climático asumiendo, como muchos otros autores, las causas naturales pero, ante todo, humanas en el deterioro medio ambiental que durante las últimas décadas había acelerado el calentamiento global y las graves consecuencias que arrasaba. Trazaba también los esquemas de las desigualdades sociales (que se traducen en desigualdades ambientales y culturales) como agente medular en las relaciones Norte y Sur.

<sup>44</sup> En otra “vuelta de tuerca”, Theroux arrojará a su personaje de la megalomanía a una demencia casi esquizofrénica, lo que lo lleva a convencerse de que el exceso de tecnologías había terminado por ocasionar la destrucción de la civilización: “Mientras el río murmuraba a nuestros costados, lamiendo nuestros troncos, Padre decía que éramos los únicos que quedábamos en todo el mundo [...]. Cabía, desde luego, la posibilidad de que encontráramos rezagados, de que nos tropezáramos con salvajes, o incluso de que viéramos poblados enteros en terrenos altos, todavía a salvo. Pero sólo nosotros sabíamos que había ocurrido una catástrofe... el fuego seguido de los truenos de la guerra y la inundación se había extendido por toda la Tierra. ¿Cómo iba a saber nadie en la Mosquita que Norteamérica había sido arrasada? La estrecha presunción del hombre la hacía creer que la lluvia solo [sic] caía sobre él. Pero padre sabía que afectaba a todo el globo. Paso a paso, dijo, había predicho lo que iba a acontecer” (p. 329).

Desigualdad que históricamente, como lo menciona Ignacio Sabbatella, está relacionada con un viejo modelo económico que, dentro de los nuevos márgenes de la globalización, ha incrementado y profundizado las dependencias de los países subdesarrollados. Modelo que traduce las deudas y los compromisos contraídos por las naciones más pobres con los organismos internacionales y las naciones dominantes en un constante desabastecimiento de alimentos en sus zonas rurales, la enajenación de sus materias primas, el incremento de la miseria, el desempleo y la nula regulación ambiental por parte de las autoridades;<sup>45</sup> y todo bajo la estricta supervisión de un conocimiento intransigente que ha llevado al hombre occidental durante siglos a reproducir frases como las de Allie Fox: “Les admiro profundamente, aunque vivan como cerdos” (p. 300).

La novela de Theroux se transforma así en una genuina interpretación sobre el futuro de las civilizaciones. Un diálogo con imágenes volátiles, salpicadas de vértigo y desesperanza, que ahora nos resultan más que verosímiles y nos empotran de golpe ante una realidad que más que encuentro parece tornarse en colisión. Pero recordar las palabras de Oswald Spengler: “La lucha contra la naturaleza es una lucha sin esperanza”,<sup>46</sup> nos debe hacer recordar que la lucha entre culturas también es una lucha sin esperanza. Si el camino hacia el porvenir resulta inevitable, recorramoslo, pero no sin antes reflexionar sobre la indiferencia y la desidia que impera en nuestras sociedades sobre las configuraciones que el progreso está adoptando con respecto a nuestro medio ambiente, con respecto a nuestras culturas mismas. La literatura, por supuesto, nos proporciona herramientas y argumentos para hacerlo.

Fecha de recepción: 01/06/2012

Fecha de aceptación: 19/11/2012

<sup>45</sup> Ignacio Sabbatella, “Capital y naturaleza: Crisis, desigualdad y conflictos ecológicos”, en // *Jornadas de Economía Política*, Universidad Nacional de General Sarmiento, del 10 y 11 de noviembre de 2008, disponible en [http://www.ungs.edu.ar/areas/ecopol\\_2\\_jornada/2/economia-politica-ii-jornada-cronograma.html](http://www.ungs.edu.ar/areas/ecopol_2_jornada/2/economia-politica-ii-jornada-cronograma.html), última consulta, 14 de octubre de 2012.

<sup>46</sup> Oswald Spengler, *El hombre y la técnica. Contribución a una filosofía de la vida*, Manuel García Morente [trad.], Madrid, Espasa-Calpe, 1932, p. 58.